

Revilla: El enigma y la revelación

José Miguel Oviedo

No puedo ver las pinturas de Revilla sin pensarlas inmediatamente como síntesis que fijan una larga historia en un solo momento clave: lo que contemplo me dice algo decisivo, me da algunas pistas y señales, pero no todo lo que quisiera saber. Lo que no veo flota alrededor de las imágenes presentes, creando la sugerencia de que un acontecimiento extraño o maravilloso ha ocurrido *antes*, o de que va a ocurrir *después*. Hay un juego de ecos y alusiones retrospectivas, de amenazas y promesas, de recurrencias, presentimientos e inminencias. Como en las escenas de Balthus, todo está pendiente frente a nosotros, a la espera del instante propicio para revelarse. Esa cualidad expectante anima cuadros que son, al mismo tiempo, cristalizaciones que congelan la vida en un punto que parece inmodificable. Lo que suele pintar Revilla son *ceremonias* enigmáticas, *tableaux* minuciosamente compuestos y rigurosamente montados para nuestra contemplación o nuestra perplejidad. Son representaciones de algún rito desconocido, con personajes, decorados y ambientes que se repiten con variantes. Vemos a sus actores jugando ciertos papeles y realizando ciertos actos que podemos reconocer o sospechar; nos damos cuenta de que tienen que ver con el mundo

de los sueños, con obsesiones eróticas, con juegos perversos o bárbaros, con la crueldad o el amor. Pero, ¿cuál es su exacto significado? Ese elemento de intriga da a la escena una poderosa fascinación visual.

El estilo y las imágenes plásticas de la *mise en scène* han ido evolucionando con el tiempo. Al comienzo, tenían un dominante aire mecanicista —máquinas, prótesis, superficies y artefactos metálicos— que parecían complementar o excitar los componentes eróticos; en esas obras tempranas de la década del 60 había huellas dadaístas, surrealistas y vanguardistas que recordaban a Picabia, Max Ernst, Dalí y Lindner. Pero, poco a poco, su pintura se va liberando de esos artificios y alusiones a un mundo deshumanizado, para ganar una mayor claridad y nitidez de composición. El influjo de los viejos maestros (Cranach, Piero de la Francesca, Vermeer, La Tour, los manieristas); el sector más «objetivo» de la pintura surrealista (De Chirico, Magritte, Delvaux); y también las formas mágicas y eróticas del arte precolombino, le inspiran escenas que tienen un terso equilibrio de formas, colores y símbolos. Sus telas recuerdan, recrean y parodian obras clásicas o modernas, pero esas mismas alusiones no hacen sino subrayar el elemento misterioso o insólito que la representación incorpora. Ese elemento adopta muchas formas: la pareja femenina de «Diana en el baño» (homenaje al famoso cuadro anónimo de la Escuela de Fontainebleau que se encuentra en el Louvre) muestra sus rostros velados o en proceso de cosificación; en «L'annonciation» (1982) el motivo místico es interpretado como el encuentro de una mujer desnuda con una vegetación amenazante y fálica; las frecuentes figuras sacadas de cuadros de Vermeer y los grandes de la pintura holandesa e italiana, aparecen rodeadas de caracoles, insectos-robots o excrescencias filiformes, etc. Hay, simultáneamente, una armonía y una subversión de esa armonía.

Pero la figura clave de su pintura es esa ubicua y proteica mujer de ojos rasgados u offídicos, cabellera roja y crespa como una llamarada, y formas de seductora perfección (con algo de las mujeres de Schiele), pero que luce estigmas, quemaduras o cicatrices.

Hay aquí una doble y recóndita ironía: por un lado, esas máculas implican un insidioso comentario sobre el «eterno femenino» idealizado por la literatura y las artes a lo largo de los siglos y que, de paso, nos hace pensar en la «perenne imperfección»: atribuida a la Venus de Milo en un célebre poema de Vallejo; por otro, alude al extraordinario hecho de que Revilla pintó esa figura ideal (sacada de su imaginación y la tradición plástica) antes de encontrar a la mujer real que la encarnaba y que se ha convertido en la musa y personaje capital de su obra desde mediados de los 80.

Esas vertiginosas fusiones de los planos de la fantasía delirante y la realidad concreta, de lo elevado y lo abyecto, de la belleza y el horror, del mundo humano, mecánico y zoológico, hacen de la pintura de Revilla un escenario de transfiguraciones y transposiciones que estimulan la percepción del espectador a ver siempre *más allá*. Cada cuadro propone un enigma y sugiere una revelación cuyo sentido tal vez no esté en ellos, sino en lo más profundo e inconfesable de nosotros mismos.

Philadelphia, setiembre de 1992